



MIGUEL
MOLINA
RABASCO

UNA
BELLA
CIUDAD
EN EL
CORAZÓN
DEL SUR A
LA QUE
ILUMINA
UN SOL
RADIANTE

LA LUZ
DEL
FUEGO DE
ARTIFICIO
HACE
BRILLAR
EL CIELO
EL PRIMER
DOMINGO
DE MAYO

LUCENA, LA CIUDAD DE LA LUZ

JUAN A. FERNÁNDEZ

La verdad es que la palabra Lucena, en su etimología, parece tener un cierto parentesco con la luz.

Y hay que reconocer que tal vínculo lingüístico, tanto si es cierto como si responde a un deseo, está suficientemente justificado.

Porque Lucena ha sido artesana de la humilde luz hogareña con ese sencillo instrumento que es el velón.

Es el velón el que iluminó las oscuras noches invernales del sufrido campesino, y el insomnio creador de aquel pobre e ingenioso hidalgo, mutilado de gloriosa batalla, en su triste discurrir, de posada en posada, cumpliendo con los deberes del antipático empleo de alcabaleiro, mientras en su mente nacían seres tan singulares como Alonso Quijano o Sancho.

Iluminó también el velón las nocturnas veladas, transidas de místico fervor, de la andariega y reformadora Teresa, ansiosa de otras moradas y de encontrar su camino de perfección.

Y, por supuesto, también las horas de éxtasis y cánticos espirituales de Juan de la Cruz; y las duras y penosas, sin humor para sátiras y juegos de ingenio, del caballero don Francisco de Quevedo, recluso por sus rebeldes y mordaces denuncias; o las que, al declinar de su vitalidad, un tanto decepcionado y triste, el creador de don Pablos, arquetipo del pícaro, transcurre en su retiro fecundo de la Torre de Juan Abad...

Utensilio simple y modesto, que al perder su eficacia ante competencias técnicas inevitablemente más avanzadas, se transforma en adorno, en obra de arte espléndida,



deseoso de pervivir, sin límites temporales ni espaciales, como las ideas, los personajes y la poesía que nacieron iluminadas por las oscilantes, temblorosas y leves lla-

mitas que surgían de sus brazos.

Pero esta relación no se agota ahí. Lucena, como andaluza, es una ciudad condicionada por ese sol, brillante y cálido, que la acaricia con mayor fruición e intensidad de la que fuera deseable, y le da una luminosidad que se refleja y multiplica, de forma que a veces hieriente, en la blancura de cal de sus viejos edificios, convirtiéndola en una joya reluciente, cuyo atractivo resalta la verde decoración de sus olivares.

FUEGOS ARTIFICIALES Y la afinidad continúa. La ciudad de Lucena hace de la luz también un espectáculo ruidoso y fulgurante, una explosión deslumbrante de amor en el primer domingo de mayo; y al tiempo que crea la fugaz belleza de los fuegos de artificio, dibujando en el oscuro éncerado de la noche primaveral mil estrellas de vida breve, ardientes palmeras de no se sabe qué perdido oasis y extraños objetos voladores que parece llegar de lejanos mundos siderales, da un destino a la pólvora más sugestivo y acorde con las esperanzas, ilusiones y deseos del hombre bueno, sencillo e inteligente de la tierra...

Finalmente, en el término de la escala, en el corazón de esta relación, la luz más intensa, el manantial, para el creyente, de otra luz distinta, que permite ver más allá de la propia vida y alejarse, con la mirada, hasta el

después, hasta el otro lado del horizonte, huidizo e interminable, del acontecer humano: Araceli, altar del cielo, luz inagotable.